

samientos de Dios parece que al retirarse le dejaban dentro del alma cierta dulzura y apacible sosiego. Este diligente examen de los diversos pensamientos que le sobrevenían, esta observación de los interiores movimientos que experimentaba, había de producir aquellas reglas admirables para discernir espíritus, que se hallan en el libro de los Ejercicios, y que, como veremos después (1), empezó Ignacio á escribirlas cuando convalecía en Loyola.

4. Muchos días duró esta lucha de los diversos y encontrados espíritus, este entrar y salir de unos pensamientos y otros; pero el suave impulso de la gracia, que cada vez apremiaba más á Ignacio, le fué poco á poco inclinando al partido de la virtud. Resolvióse por fin, y se resolvió con aquella voluntad invencible con que él se solía resolver. Una noche levantóse del lecho, y puesto de rodillas ante una imagen de María Santísima, ofrecióse enteramente al servicio de Dios y prometió renunciar para siempre á sus vanidades antiguas. Terminada esta generosa oferta, sintióse un temblor (2) misterioso en toda la casa, señal sin duda con que Dios anunciaba la aceptación de aquel sacrificio. Aun se ven en las paredes de la santa casa, en el lienzo que mira á la iglesia, algunas grietas, que la tradición designa como efectos de aquel temblor singular.

Decidido Ignacio á mudar de vida, continuaba con fervor la lectura de la vida de Cristo y de los santos. Un favor singularísimo de la divina bondad le confirmó maravillosamente en sus buenos propósitos. Una noche, mientras oraba, se le apareció la Virgen Santísima con el Niño Jesús en los brazos, y entrambos le recrearon un buen rato con su amorosa vista. No le dijeron palabra alguna; pero produjeron en su alma un efecto portentoso, cual fué el purificarle enteramente de

(1) Vide infra, c. VIII.

(2) No hablan de este temblor ni Lainez, ni Nadal, ni Polanco, ni Cámara; pero Ribadeneira (*ibid.*, c. 11) lo pone en términos muy resueltos, y además lo confirman varios testigos en los procesos para la beatificación. Entre estos testigos hay cuatro que afirman haber estado en el aposento de Ignacio y visto una vidriera rota, que por tradición se dice haberse quebrado en este temblor. El primer testigo de Valencia, dice: «*Vidit, quod in camera, in qua sanatus est P. Ignatius a confractioe tibiae, adest una fenestra vitrea, in qua depictus est Christus crucem bajulans, et per traditionem audivit et publice dicitur, quod dicta fenestra fracta fuit a daemone, qui diversis modis tentabat vincere P. Ignatium.*» (*Acta Beatif.*, art. 5.º) Tres testigos de Pamplona, el 9, el 17 y el 18, han visitado también el aposento y visto la vidriera rota, que por tradición se tiene haberse roto en esta ocasión. (*Ibid.*) Frágil indicio es una vidriera rota, que por tantas causas se pudo romper. Con todo eso, si el indicio prueba poco, la afirmación de los testigos manifiesta que á fines del siglo XVI existía muy viva en Loyola la tradición del hecho.

todo afecto de inclinación deshonesta. «Desde aquella hora, dice el P. Cámara, hasta el Agosto de 1555 que esto se escribe, nunca más tuvo ni un mínimo consenso en cosas de carne» (1).

Confortado con estos favores celestiales nuestro valiente caballero, empezó á trazar el plan de su nueva vida. Por de pronto, resolvió hacer mucha penitencia por sus pecados é ir en peregrinación á Jerusalén, para satisfacer sin duda á la tierna devoción que le había inspirado el libro de Ludolfo hacia la sagrada Humanidad de Cristo Nuestro Señor. Y vuelto de los Santos Lugares, ¿qué haría? Ocurriósele meterse cartujo, y por eso, debiendo partirse para Burgos un criado de la casa de Loyola, encargóle Ignacio que se informase en la cartuja de Miraflores del género de vida que observaba aquella santa comunidad (2). No descansaba, sin embargo, su corazón en este pensamiento. Á pesar de esta incertidumbre, no se desalentó Ignacio y propuso ejecutar por de pronto lo que creyó ser clara voluntad del Señor, la penitencia y la romería á Jerusalén. Hecho esto, la voluntad divina se manifestaría de algún modo y le abriría camino para otras cosas de su santo servicio.

Entretanto proseguía leyendo la vida de Cristo y de los santos, y para no olvidar los buenos pensamientos que el Espíritu Santo le infundía, hizo encuadernar primorosamente un libro de 300 hojas, y en él empezó á escribir los hechos, las ideas, los afectos piadosos que se le ocurrían en el curso de su lectura, y como muestra de devoción esmerábase en escribir con especial primor los nombres de Jesús, de María y de los santos sus devotos. Pasaba también largos ratos orando humildemente y encomendándose á Dios, y ya desde entonces contrajo aquella costumbre, que conservó toda su vida, de contemplar el cielo sereno y de prorrumpir en aquel afecto: «¡Cuán baja me parece la tierra cuando miro al cielo!» (3). Al tiempo de esta convalecencia debe referirse, sin duda, la costumbre que tenía de rezar una Salve desde el camino de Azpeitia á Nuestra Señora de Olaz (4). ¡Cuán dulce es considerar á nuestro herido caballero en las serenas tardes del otoño de 1521, luego que pudo moverse por su pie, arrastrarse con sus muletas por el camino de Azpeitia, y parándose á la orilla del río, volver los ojos á la ermita de Olaz, y enviar á María envueltos

(1) *Vida del P. Ign.*, c. 1. Véase también á Ribadeneira y á Polanco, *locis cit.*—
(2) Cámara, *ibid.*, c. 1.—(3) Cámara, *ibid.* Ribad., *Vida de S. Ign.*, l. 1, c. 11.—
(4) Un modesto monumento, renovado en nuestros días, recuerda este hecho. Cuando llegan los transeuntes á aquel punto, suelen descubrirse y rezar una salve.

en las preces de una salve los afectos encendidos de su enamorado corazón!

5. Cuando al cabo de algunos meses hubo recobrado Ignacio razonable salud, trató de poner en planta su nueva vida. Para esto necesitaba alejarse de su casa y parientes, y buscando algún pretexto con que ejecutarlo sin ruido, ofreciósele hacer una salida á Navarrete, donde entonces residía el duque de Nájera, para agradecer á este ilustre magnate las visitas que de cuando en cuando le había enviado mientras se curaba en Loyola. El hermano mayor de Ignacio, Martín García de Loyola, que había observado atentamente lo que pasaba por el enfermo, adivinó lo que significaba aquella salida. El ver á Ignacio tan ajeno á los pasatiempos antiguos, el verle pasar largas horas leyendo vidas de santos y escribir en su curioso libro, la seriedad de las palabras y la concentración de ánimo en que se encontraba, indicaban á Martín García que su hermano menor pensaba mudar de vida.

Con este presentimiento llamó á su hermano, y, encerrándose con él en un aposento, empezó á rogarle ahincadamente que no se perdiese, ni frustrase las buenas esperanzas que en él había fundado la familia. Ignacio, sin manifestarle todos sus designios ni entrar en largas explicaciones, le aseguró que no haría nada por donde viniese á perderse y á desdorar el lustre de su casa (1).

Con esto se despidió de su hermano mayor, y seguido de dos criados dirigióse primero (2) á Nuestra Señora de Aránzazu, devotísimo santuario que está cerca de Oñate, y era entonces, como ahora, muy frecuentado por la piedad de los guipuzcoanos. De allí continuó su camino á Navarrete, donde visitó al duque de Nájera. Como le debían en casa del duque algunos ducados, los pidió entonces al tesorero, y habiéndolos recibido, pagó con ellos algunas deudas que tenía, y lo que sobró del dinero lo dedicó á restaurar y adornar una imagen de Nuestra Señora que encontró en mal estado (3).

(1) Cámara, *ibid.*, c. 1.—(2) No podemos precisar cuándo salió Ignacio de su casa. El primer dato cronológico que presenta Cámara es el de la vela de las armas, acto que ejecutó Ignacio la noche del 24 al 25 de Marzo de 1522. Antes de esto hay que colocar los tres días que gastó en la confesión general, los que empleó en el camino de Navarrete á Monserrat, los que se detendría en Navarrete visitando al duque de Nájera y pagando sus deudas, y, finalmente, los que transcurrirían desde Loyola hasta Navarrete. Aplicando á esto un cálculo prudencial, no será aventurado suponer que Ignacio salió de su casa á fines de Febrero de 1522, habiendo gastado unos nueve meses en la curación de sus heridas.—(3) Cámara, *ibid.*, c. 11.

Habiendo cumplido con todos los deberes de la cortesía y amistad, despidió á los dos criados que le venían acompañando desde Loyola, y ya solo, montado en una mula, tomó el camino de Monserrat. En este camino hizo voto de castidad, según nos refiere el P. Laínez en el pasaje citado en el capítulo anterior, aunque ignoramos el día y el sitio en que hizo este voto. El P. Ribadeneira (1) parece insinuar que lo hizo al llegar á Monserrat. También tomó por costumbre Ignacio, desde que salió de su casa, disciplinarse todos los días. Iba muy alegre su camino adelante, meditando las penitencias que había de hacer, aunque ya no le movía tanto el deseo de satisfacer por sus culpas, como el de agradar mucho á Dios con su nueva vida (2).

6. Llegado á Monserrat, hizo una confesión general de toda su vida con un prudente religioso benedictino, llamado Fr. Juan Chanones ó Chacones, francés de nación. Empleó tres días en esta confesión, y para más puntual exactitud, quiso hacerla por escrito. Descubrió después al confesor el propósito que tenía formado de emprender nueva vida, y habiendo tomado su consejo, regaló al monasterio la mula en que había venido, y colgó en el altar de María Santísima la espada y la daga. Hecho esto, dispúsose á mostrarse al mundo cual deseaba ser en adelante, esto es, hombre crucificado á todos los deleites y gustos de la tierra.

7. Era la víspera de la *Anunciación*, 24 de Marzo de 1522 (3), y habiendo esperado á que anocheciera, llamó á un pobre andrajoso, y desnudándose de los vestidos preciosos que traía puestos, hasta de la camisa, se los dió todos, y él se vistió un traje vilísimo que había comprado poco antes. Consistía éste en una túnica talar ó saco de cáñamo, toseo y grosero, un pedazo de cuerda para ceñirlo al cuerpo, un zapato, ó, como dice Ribadeneira, alpargate de esparto para el pie derecho, pues aun necesitaba llevar fajada la pierna de la herida, que fácilmente se le hinchaba; finalmente, un bordón de peregrino, con su correspondiente calabacita. Como en la Edad Media los que se armaban caballeros solían velar sus armas una noche, quiso él hacer otro tanto con las armas de su nueva milicia, y acudiendo al altar de María Santísima, pasó todas la noche en oración, ya de pie, ya de rodillas, ofreciéndose generosamente al divino servi-

(1) *Ibid.*, c. 111.—(2) En este camino de Monserrat ocurrió el curioso episodio del encuentro con el moro, cuya relación puede verse en Cámara y Ribadeneira, *locis cit.*—(3) Cámara, *ibid.*, c. 11.

cio é implorando el favor de la Reina de los cielos. Con este acto empezó públicamente la vida santa de Ignacio.

En la serie de todos estos sucesos habrá notado el lector la continua intervención de María Santísima en la santificación de Ignacio, y la mutua correspondencia de amor y beneficios que se establece entre la Madre de Dios y nuestro santo Padre. La conversión de Ignacio se determina una noche delante de un cuadro de María; poco después la Reina de los cielos se aparece á Ignacio y le confirma en sus propósitos. Cuando puede salir de casa Ignacio, va á rezar una salve á la vista de Nuestra Señora de Olaz. Al despedirse de su casa, los primeros pasos de Ignacio se enderezan á Nuestra Señora de Aránzazu; el primer dinero de que puede disponer en Navarrete lo emplea Ignacio en adornar una imagen de María; en el camino de Monserrat defiende la pureza de María contra las blasfemias de un moro; en ese mismo camino hace voto de castidad, ofreciéndolo al Señor por mano de María, y ahora, deseando armarse caballero de Cristo, vela sus armas ante el altar de María. ¡Cuán claro aparece que la mano de María Santísima andaba en este negocio, y que, después de Dios, á nadie se debe tanto la santificación de Ignacio y la fundación de la Compañía de Jesús, como al corazón maternal de la Santísima Virgen!

CAPÍTULO III

SAN IGNACIO EN MANRESA

SUMARIO: 1. Sitios en que vivió Ignacio.—2. Su género de vida.—3. Personas que le trataron.—4. Tentaciones manifiestas.—5. Escripulos.—6. Favores extraordinarios de Dios.—7. El rapto de ocho días.—8. Escribe los Ejercicios.—9. Peregrina á Jerusalén.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Cámara, c. II y III.—2. Polanco, c. II y III.—3. Láinez, *Ubi supra*.—4. Nadal, *Ubi supra*.—5. Ribadeneira, c. V, VI, VII, VIII y IX.—6. P. Francisco Vázquez, *Carta original*.—7. Procesos de beatificación.—8. Juan Pascual, *Relación*.

1. Apenas amaneció el día de la *Anunciación* del año 1522, Ignacio, vestido ya de peregrino y armado caballero de Cristo, oyó misa y comulgó devotísimamente en Monserrat. Cuando hubo dado gracias á Dios por este beneficio, salió del santo monasterio y empezó á bajar la cuesta del monte. Al poco tiempo encontróse con Inés Pascual, viuda piadosa y bien acomodada, que residía por entonces en Manresa, la cual, en compañía de su hijo Juan y de otras personas, había ido á visitar á Nuestra Señora de Monserrat, y cumplida esta devoción, se volvía á Manresa. Acercándose al grupo nuestro caminante, preguntó si habría en aquellos contornos algún hospital donde pudiera recogerse. Sorprendió á todos el extraño aspecto de aquel hombre, vestido de jerga, descalzo de un pie y con bordón en la mano, sobre todo cuando repararon que los rubios y elegantes cabellos y la delicadeza de las facciones no hacían buen juego con lo astroso y desharrapado del traje. La discreta Inés Pascual, que presintió algo de lo que aquel hombre podía ser, respondió á la pregunta, diciendo que el hospital más cercano estaba en Manresa, y que si él quería seguirla, ella le conduciría hasta las puertas del hospital. Aceptó el peregrino tan cristiano ofrecimiento, y cojeando penosamente siguió al grupo de caminantes (1).

(1) Nos cuenta este encuentro el mismo Juan Pascual, en su relación.